

A black and white halftone portrait of the Chinese poet Du Fu. He is shown from the chest up, wearing a traditional black scholar's cap and a dark robe with a white collar. He has a thin mustache and a goatee. He is looking slightly to the left of the viewer. The background is a light, textured grey.

Du Fu
Ch'ang-an

Arquitrave

Du Fu
Ch'ang-an

Traducción y prólogo de Umberto Cobo

Arquitrave

Ch'ang-an

© Du Fu

© Arquitrave Editores

www.**arquitrave**.com

Edición y diseño Harold Alvarado Tenorio y Héctor Hernán Gómez

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Acerca de Du Fu

La China medieval conoció su más grande esplendor bajo el reinado de Xuan Zong, entre el setecientos doce y el setecientos cincuenta y seis, años que marcan también el esplendor de la dinastía Tang. Bajo su reinado, la riqueza y prosperidad del país corrieron a la par con una inusitada plenitud de las artes y en especial de la poesía.

Siendo la organización y crecimiento de sus ejércitos su mayor cometido, Zong reformó los exámenes para los cargos administrativos, reorganizó las universidades, purificó los ministerios de Historia y Moral y conoció, apoyó y persiguió a muchos de los poetas de su tiempo. Ch´ang-an, la capital del imperio, llegó a albergar más de dos millones de seres y el comercio a través del Indico y el golfo Pérsico permitió el establecimiento de colonias de comerciantes árabes, y comunidades judías y cristianas fueron asentándose en las ciudades populosas, donde levantaron sinagogas y templos. En los palacios de Zong se daban cita, al lado de los letrados, monjes confucianos y budistas. Esta relativa libertad de expresión es una de las fuentes del florecimiento de la poesía bajo los Tang. Confucianos, taoístas, mahometanos, maniqueos, zoroastros y cristianos nestorianos pudieron intercambiar y confrontar sus creencias y numerosos monjes viajaron o vinieron del Japón y la India permitiendo la expansión de la filosofía china.

Quizás podamos llamar estos años renacentistas, pero la historia nos confirma cómo Xuan Zong se adelantó en varios siglos a ese encumbramiento cultural y comercial de la Italia del mil cuatrocientos.

Los orígenes de la poesía en China se remontan, como en todas las culturas antiguas, a las canciones populares. De ellas tomaron los poetas clásicos sus ritmos y medidas, a pesar de las diferencias de asuntos que existen entre las del Norte y las del Sur; aquéllas, en su mayoría amorosas; éstas, reflejando la vida nómada y las penurias causadas por las guerras. Pero en todas encontramos ese acento que luego reconocemos en Bai o en Fu. Doy dos muestras, una del Sur, la otra del Norte.

*La noche es larga y no concilio el sueño.
Cuan brillante está la luna;
pienso en la forma como me llamabas
y en silencio, digo, sí.*

La más conocida de las canciones del Norte es la de *Chih Len*:

*En el río Chih Len,
cerca de la montaña Yin-Shan,
el cielo es como una tienda,
redondo, cubriendo la llanura.
El cielo es gris y sin sombras
y la pradera es inmensa.
Allí sopla el viento y la hierba se dobla;
allí puedes ver los bueyes y las ovejas.*

Bajo la influencia de estas canciones surgió el «nuevo estilo», que iba a oponerse al «estilo palaciego» fomentado por el emperador Wen, de la dinastía Liang (347-415); poemas ricos en color y refinamiento que hablan de la vida sexual de mujeres y homosexuales, reflejando el estilo de vida del reinado.

Los emperadores Tang tuvieron especial predilección por la poesía, fueron poetas e invitaban a los nobles a escribir. La *Antología de la poesía Tang* reúne unos dos mil trescientos, dando prueba del fervor que alcanzó este arte, convertido hoy en un raro objeto de placer.

Muchos creen que Du Fu fue, junto a Li Bai, su más grande poeta. Mas de millar y medio de sus poemas le han sobrevivido. El amor por su país y sus gentes, así como una depurada técnica de composición han hecho de ellos una vivida reflexión sobre la vida y las ideas de su tiempo. Son un modelo de lo que conocemos como poesía china clásica. Millones de personas se saben sus poemas de memoria y los recitan en diversas ocasiones. Pero no sólo en China es apreciada y admirada su poesía, en el mundo entero se le reconoce como uno de los grandes poetas de todos los tiempos.

Du Fu nació en 712 en Shao-ling, cerca de la capital de entonces Ch'ang-

an, la Xian de hoy, en la provincia de Shaanxi. Su abuelo, Du Sheng-yen, fue también un bien conocido poeta. Du Fu demostró un enorme talento desde su juventud y recibió una esmerada educación literaria. En su juventud viajó mucho por las provincias vecinas. De esa manera pudo comprender algo de la vastedad y belleza de su tierra. Desde muy joven se interesó por buscar los medios para cambiar la situación de vida de las gentes pobres y tratando de lograr esas metas cuando cumplió los treinta y cinco se fue a la capital Ch'ang-an en busca de oportunidades para ingresar en la política, mediante la obtención de un puesto burocrático en la corte. Sin embargo, por causa de intrigas urdidas por algunos de los examinadores que conocían de sus ideas, no pudo pasar en los exámenes imperiales ni obtener un cargo y tuvo que vivir el resto de su vida en la pobreza. Otros dicen que la causa de su fracaso fue su prolongada experimentación con los estilos prosísticos, que se apartaban de los estilos que fomentaban los académicos de la corte. En esos años ya eran muchos los que llevaba reinando el emperador Xuan Zong, la administración era deficiente y la administración degeneraba. Fueron esos los años más duros de la existencia del poeta y de las gentes en general, agravado todo por los continuos desastres naturales que azotan de tanto en tanto a China.

En 755 una rebelión encabezada por dos generales tártaros An Lu-shan y Shih Sze-ming estalló en el este. Ch'ang-an fue ocupada por los rebeldes. Al año siguiente Du Fu fue capturado cuando iba hacia el oeste. Fue enviado por los rebeldes a Ch'ang-an pero el poeta rechazó las ofertas que le hicieron. Luego logró huir a Fenghsiang, donde el nuevo emperador Su Tsung había instaurado una capital temporal. Du Fu fue nombrado «censor», una sinecura que la habría permitido seguir escribiendo poesía sin tener que trabajar, ciertamente, como un burócrata.

Tras la recuperación de la capital Ch'ang-an regresó con la corte a la capital. Intrigas cortesanas y luchas intestinas hicieron que de nuevo perdiera su puesto. Entonces abandonó Ch'ang-an para no volver nunca. Buscando una manera decente de llevar su vida fue de sitio en sitio en el nordeste y luego bajo la sudeste. Por un tiempo considerable vivió en Szechuan. En Chengdu construyó con sus manos una cabaña y se hizo granjero. También vivió en Kweichow, para luego irse a las gargantas del Yangtse con la idea de

que quizás en algún momento pudiese regresar a su cabaña en Honan. Pero las continuas guerras civiles se lo impidieron, así como su pobreza y las enfermedades, muriendo en Hunan mientras viajaba en un bote en las partes bajas del río Hsiang en 770.

Durante la época que vivió Du Fu la sociedad feudal fue sometida a muchos cambios. El período principal de ellos fue la revuelta de An-Shih, que duró mas de siete años. El mejor lapso, conocido como Sheng Tang o de la prosperidad, nunca pudo alcanzarse de nuevo. Las condiciones económicas se deterioraron sin cesar. Las guerras fueron continuas y las agresiones desde el exterior numerosas. Los gobernadores se fueron convirtiendo en arrogantes terratenientes que oprimían al pueblo sin piedad. La gente moría por las causas menos esperadas.

Du Fu difícilmente distinguió entre sus intereses políticos y los asuntos de su poesía. Es verdad que en aquellos tiempos no existía una noción como la que hoy usamos de democracia o de partidos políticos y mucho menos de periodismo político, como algunos de sus críticos han clasificado no pocos de sus poemas, pero lo cierto es que en la gran mayoría de ellos el poeta se lamenta de la vida de los burócratas.

Pobre como fue, Du Fu pudo entrar con contacto con otros de su condición y conocer sus desgracias. Y comprendió las contradicciones de su sociedad y los peligros que ello conllevaba. En sus poemas están mas que gráficamente descritos esos sufrimientos y tienen lugar las voces de los explotados. Otra de sus influencias fue su amistad con Li Bai, que siendo mayor que Fu, le acogió con cariño y celebró sus poemas, así tuviesen no solo divergencias en la forma sino en las concepciones de la vida.

Fue, sin duda Fu, un excepcional ejemplar humano, que amó y fue amado por las gentes de su tiempo, así viviera prácticamente en la miseria y su familia pasara por prolongadas hambrunas y padecimientos. En su vejez padeció largamente de males causados por las afugias que había vivido. Y sin embargo, aun cuando en muchos de sus poemas se lamenta de la vida que llevaba, fue capaz de establecer un equilibrio entre sus dolores y los de sus contemporáneos, sin caer nunca en una lamentable autocompasión, haciendo de sus poemas expresión de cierto goce de la existencia, e incluso de un humor socarrón, que ha sido celebrado muchas veces.

Desde sus orígenes la poesía china ha reflejado su tiempo y las circunstancias en la que ha sido escrita, así como los pensamientos de sus gentes. Du Fu conserva y afirma esa tradición haciendo que se expanda tanto en su musicalidad como en sus temas como nunca antes había sucedido. El hizo un preciso y vivido retrato de la variedad de fenómenos sociales que ocurrieron en su tiempo, tanto políticos como sociales y la vida azarosa y cruel de los campesinos, celebrando la honestidad y carácter de los individuos, así como narra y condena las acciones y omisiones de las clases dirigentes, sus disipaciones y extravagancias. Aun cargados de emoción por las circunstancias que narran, sus poemas son precisas observaciones que van al centro de los acontecimientos y asuntos, sirviendo, muchas veces, de vehículo de sus ideas y puntos de vista políticos, siempre a favor de los desposeídos y oprimidos.

Umberto Cobo

Beijing, primavera de 1999.

Frente a la nieve

Entre gritos de guerra
vagan las almas de los nuevos difuntos,
un anciano solitario no cesa de gemir.
Confundida con las nubes bajas de la tarde
la nieve se pone a danzar impulsada por el viento.

Hay un castillo abandonado. No hay más vino.
En la sartén, sólo el rojo recuerdo del fuego.
De muchas provincias lejanas no llegan noticias;
sentado, afligido, escribo en el vacío.

Noche

I

La luna es un arco sin cuerda en la blanca noche.
La mecha de la lámpara está para acabar.
Rugen vientos de la montaña inquietando a los venados,
se rompen los árboles asustando a las cigarras.

Recuerdo, de pronto, los peces del río del este
y pienso, al mismo tiempo, en un barco congelado bajo la
nieve.
Las canciones de los bárbaros invaden las estrellas;
no tengo nada, aquí, en la frontera del cielo.

II

Sobre la muralla oigo una flauta
que se queja al atardecer y un
revuelo de alas cruza la aldea en ruinas.
¡Hace ya tanto tiempo que duran los combates!
Recogidos los impuestos, vuelvo a la noche profunda.

Árboles sombríos se derrumban al pie del precipicio;
el río iluminado da vueltas y casi no avanza.
Se apagan las estrellas; crece mi añoranza.
La luna se adelgaza. La urraca detiene su vuelo.

De noche en el cuartel general

Un diáfano otoño cae sobre el cuartel general.
Cerca del pozo hay árboles congelados.
Estoy solo en esta ciudad cerca del río y no hay veleros.
En la noche interminable oigo el triste vibrar de los cuernos.
¿Quién se detiene a mirar el extraño color de la luna?

No llega el correo.
Imperceptible, fluye el tiempo entre vientos y polvo;
se han vuelto infranqueables los pasos de montaña.
Diez duros años de errante soledad;
si pudiera treparme a una rama
y encontrar, por fin, algo de paz!

En el frente

Si has de usar tu arco, que sea el mas fuerte.
Si lanzas una flecha, que sea la mas larga.
Si disparas a los hombres, antes mata sus caballos.
Si persigues bandidos, primero captura al jefe.

La matanza tiene sus límites
y cada reino sus fronteras.
Doblegar al invasor
¿exige, acaso, tantos muertos y heridos?

En mi cabaña destrozada por el viento del otoño

Ha llegado la octava luna
y en medio del otoño el viento ruge furioso
arrancando de cuajo tres de las varas que sostienen mi cabaña.
Vuelan las cañas, cruzan el río y se dispersan por el campo,
se cuelgan en las ramas de los árboles más altos,
dan vueltas y se hunden en el estanque.
Los muchachos del pueblo que está al sur abusan de mi vejez
roban mis cosas y mis pequeños juncos
desapareciendo entre las plantaciones de bambú.
Con la boca reseca y los labios ardiendo en vano grito contra
ellos y de regreso, apoyado en mi bastón, suspiro desolado.
De repente el viento entra en calma.
Las nubes y el cielo de otoño se oscurecen.
La cobija de algodón, tan vieja como yo,
es fría como el metal.
Mis hijos, con sus sueños agitados, la rompieron con los pies.
El techo de mi cabaña ha desaparecido,
en el aire no hay un solo lugar seco,
la lluvia, como los hilos del cáñamo, cae incesante.
He perdido el sueño, mojado como estoy,
¿cómo soportaré hasta el alba?
¡Ah, si tuviera una hermosa casa de diez mil salas,
para alojar, felices, a quienes sufren de frío!
Sólida como una montaña,
los vientos y la lluvia no la tocarían.
¡Ay de mí! ¿Cuándo tendré esa morada?
Si así fuese, aunque estuviera solo,
como ahora lo estoy, en mi cabaña destrozada
y sufriendo un frío mortal, yo viviría contento.

Recuerdos

Hace años, cuando la era Kaiyuan, los pueblos tenían mas de diez mil familias y los granos de arroz eran blancos y gruesos llenando los graneros del gobierno y los particulares.

Por los caminos de los Nueve Distritos
no habían ni lobos ni tigres y para salir de viaje
no era menester elegir días oportunos.
Las carretas circulaban llevando finas
sedas blancas de Qi y Lu, los campesinos cultivaban la tierra
y sus mujeres criaban el gusano de seda.

En el palacio se oía la música de La Puerta de las Nubes
y todos los hombres se sentían amigos y camaradas.

Fueron cien años sin desdichas.
Shu Sun estableció los ritos y Xiao He las leyes.
Nunca se vendió un rollo de seda en diez mil monedas
y jamás la sangre corrió entre los campos.

Ahora, en Luoyang los palacios están en el suelo
y los templos de nuestros antepasados
son cuevas para el zorro y las liebres.
Con el corazón roto, no me atrevo a preguntar a los viejos
sobre estos sucesos temiendo que con detalles me recuerden
las desgracias de tantas revueltas.

Aun cuando soy torpe y soy un incapaz
la corte imperial me ha dado un cargo.
Todos esperamos que el nuevo soberano,
como antes el rey Xuan de Zhou
impulse el progreso.

Aquí en Jiangnan,
de mi cuerpo enfermo y decrépito
ruedan lágrimas.

Una creciente en primavera

Anoche el agua subió mas de dos pies.
¿Qué haremos, y qué será de nosotros,
si no cesa de llover en varios días?

Cerca del muelle del mercado que está al sur
un hombre vende botes.
¡Pero sin dinero no podré tener uno
para atarlo a mi verja!

La marcha de los carros de guerra

Los carruajes rechinan, los caballos relinchan,
los soldados avanzan cargados con flechas y con arcos.
Padres, esposas e hijos van tras de ellos,
el puente sobre el río Xianyang
desaparece entre las nubes de polvo.
Padres, esposas e hijos se cuelgan de sus ropas,
les cierran el paso mientras lloran,
sus clamores y lamentos estremecen el cielo.

A un soldado pregunto y me responde:
otra vez nos llevan a la guerra.
Cuando tuve quince años cuidé la frontera del norte,
cuando cumplí los cuarenta
me enviaron a las tierras devastadas del oeste.
Cuando partimos, un oficial nos puso una cinta en la cabeza,
de regreso, ya canosos, nos hicieron guardias de frontera.

La sangre de los hombres
corre por los campos formando lagunas,
las ambiciones del emperador Wu no tienen fin.

¿No has visto acaso,
en el país de los Han, al este de la montaña,
doscientos distritos,
mil pueblos, diez mil hogares hechos zarzas y espinos?
Las mujeres abandonadas usan con esfuerzo el pico y la pala,
el arroz crece entre los surcos con un total desorden.

¡Cuan valientes son los soldados de Qin,
que resisten tantos combates
y son maltratados y perseguidos como gallinas y perros!

Aún cuando los ancianos nos lo preguntasen
nosotros, simples soldados, no osaríamos en quejarnos.
El invierno está de vuelta,
no hay descanso para los guardias de la frontera oeste.
Los recaudadores nos exigen los impuestos
¿dónde conseguiremos el dinero para tantos tributos?

Así como están las cosas,
el nacimiento de un niño es una desgracia;
debemos alegrarnos cuando nacen niñas.
Las jovencitas podrán casarse algún día;
Los muchachos terminarán
enterrados entre las malas hierbas.

¿No has visto, en las orillas del lago Qinghai,
esos huesos blancos que nadie sepulta?
Gimen las almas de los muertos recientes,
lloran los espíritus de los muertos antiguos;
en tiempos sombríos se escuchan sus lamentos
mezclados con el monótono rumor de la lluvia.

Felicidad por la llegada de la lluvia

Una terrible sequía azota el sur,
cuando amanece las nubes se juntan sobre el río.
Cubren el cielo hasta los confines del horizonte
y entonces cae la lluvia, recia, atorada, comprimida.

Las golondrinas regresan a sus nidos,
las flores del bosque lucen frescas y resplandecientes.
La lluvia sigue cayendo toda la tarde
y escuchamos su suave golpetear hasta el corazón de la noche.

Lamento por la lluvia en otoño

Un furioso vendaval, un incesante temporal,
un tumulto de aguas de otoño
van y vienen sobre los mares
y la tierra bajo una infinita capa de nubes.
Los caballos huyen, los bueyes regresan,
¿podrías distinguirlos?
¡Lodoso Jing! ¡Límpido Wei!
¿Cuándo discurriréis separados?

El grano está maduro en las espigas.
El mijo está en sazón.
Pero no tenemos noticias
de los campesinos ni de los aldeanos.
Aquí, en el pueblo,
cambiamos una taza de arroz por una manta.
Es inútil discutir: el valor de estas cosas es el mismo.

Un funcionario de Xin'an

Voy por los caminos de Xin'an
y oigo gritos que llaman a los soldados.
El comandante del distrito dice que no hay mas
adultos a quien reclutar.
Ayer noche llegó la orden de incorporar muchachos.
No hay muchos jóvenes aquí.
¿Cómo defender entonces el fuerte imperial?
Los unos, rozagantes, vienen con sus madres;
otros, con el rostro demudado, se alejan en silencio.
Las aguas siguen corriendo en sus cauces,
en las montañas se oyen violentas griterías.
¡Ay, campesinos, retened vuestras lágrimas!
¡Por piedad, no gimáis mas!
Aun cuando vuestros ojos queden secos de tanto llorar
los cielos y la tierra seguirán insensibles y crueles.
Nuestros ejércitos asedian Xiangzhou,
y esperan someterla de un momento a otro.
Por muy fuertes e ingeniosos que sean los rebeldes
serán desperdigados como estrellas en fuga.
Nuestras tropas regresan al fuerte
en busca de alimentos y descanso
y en la antigua capital entrenan mas soldados.
Cavar trincheras y criar caballos
son tareas fáciles para los reclutas.
En todas partes los soldados imperiales son bien recibidos;
de verdad, sus hijos de ellos serán bien cuidados.
No lloréis, por piedad, lágrimas de sangre al despediros.
Este humilde servidor será cariñoso como un padre
y entrañable como un hermano.

El funcionario de Shihao

Al caer de la tarde me detengo en Shihao;
cuando cae la noche llega un oficial en busca de reclutas.
Un viejo huye saltando el muro,
su anciana esposa sale a la puerta.
El oficial grita con furia,
la anciana llora con amargura.
Oigo que la mujer se le acerca y le dice:
en Ye, mis tres hijos eran soldados.
Uno me ha escrito diciendo
que sus dos hermanos han muerto en combate.
Aquel que sobrevive jamás descansa,
para los difuntos todo ha terminado.

Salvo un niño recién nacido
nadie habita mi casa.
La madre del niño no puede salir a la puerta.
Su ropa está convertida en harapos.
Aun cuando estoy vieja y soy débil
podría partir contigo.
Debemos responder al llamado de Heyang,
todavía puedo preparar desayunos para la tropa.

Ya avanza la noche. Las voces callan.
Creo escuchar algún sollozo.
Cuando amanece sigo mi camino
y sólo me despido de un anciano que guarda silencio.

Adiós de los recién casados

Creciendo entre los cáñamos y los juncos
la hiedra se incrusta con sus afanosos zarcillos.

Casada muy joven con un pobre conscripto
mejor habría sido dejarme abandonada en el atajo.

Arreglé mis cabellos y me hice tu esposa
pero no alcanzamos a entibiar el lecho.
Al alba te marchaste, la víspera nos casamos
¿tanta prisa tuviste en dejarme?

Se que no has ido lejos
que haces guardia en Heyang.
¿Cómo tratar de suegros a tus padres
si aún no soy su nuera?

Crecí junto a los míos,
día y noche me dieron cuidado.
Ellos me dijeron que una vez casada
no sabría distinguir entre pollo y perro.

Hoy has partido a una región donde reina la muerte,
mi dolorido corazón
se hunde en la pena.
Quisiera seguirte donde quiera que vayas
pero temo estorbar.
Deja, ahora de pensar, en tu vida de casado
y esfuérzate cuanto puedas en tus trabajos militares.
La presencia de una mujer en el cuartel
¿no afectaría el ánimo de todos?

En pobre familia he nacido.
Mi camisa de gasa está muy gastada,
no me la pondré mas y en
tu presencia me quitaré el maquillaje.

Levanto la vista: cientos de aves revolotean en el aire,
grandes o pequeñas, vuelan en parejas.
A pesar de los reveses de nuestra existencia,
mi alma, no obstante, espera tu regreso.

Una vieja pareja se despide

La región próxima a la capital sigue agitada,
ni siquiera los ancianos encuentran descanso.
Mis hijos y mis nietos han muerto en esta guerra,
¿para qué vivir con este cuerpo inconsistente?

Con el bastón en la mano
paso por la puerta de la ciudad;
mis compañeros de égira están tristes y afligidos.
Por fortuna todavía tengo algunos de mis dientes,
mas la medula de mis huesos está endurecida.

Cuando uno lleva coraza y casco
debe saludar a los oficiales y obedecerles.
Mi vieja mujer solloza junto al camino,
hace mucho frío y tiene poca ropa.

Se que no volveremos a vernos,
sufro al verla tiritar de frío.
Ella también sabe que no regresará
y me ruega que coma bien y abundante.
Las murallas de Tumen
han sido fortificadas y es difícil
cruzar a vado el río Xingyuan.
No será como cuando tomamos la ciudad de Ye,
de seguro moriré, pero aun me queda tiempo.

Es la vida una sucesión de encuentros y desencuentros,
¿Por qué los ancianos habrían de estar exentos?
Cuando recuerdo mi juventud, cuando era fuerte,
pienso por un momento y lanzo un largo suspiro.

El mundo no es otra cosa que una campaña militar,
el fuego de las alarmas deslumbra la colina.
En los bosques y los campos
los cadáveres de los muertos apestan,
y la sangre corre enrojeciendo los ríos y las llanuras.

¿Existirá, acaso, un lugar en el mundo
donde no haya guerras
y me ofrezca un lugar seguro y tranquilo?
Al dejar mi cabaña rompo con mi pasado
y siento un gran dolor que destroza mi alma.

Despedida del hombre sin casa

Cuando la rebelión de Tianbao
abandoné mi cabaña y ahora las espinas
y las zarzas la ahogan.
Las cien familias de nuestra aldea
huyeron al este y al oeste
sin lograr acomodarse.
Nada sabemos de los que están vivos,
los muertos son polvo y olvido.
Vencido mi batallón sólo espero desprecio,
regreso buscando los antiguos caminos.

Mis ojos sólo encuentran callejuelas vacías
y un sol demacrado y un aire desolado.
Los zorros y los lobos nos amenazan
con su pelo erizado y sus furiosos aullidos.
No conozco a nadie entre el vecindario.
Sólo dos o tres viudas me miran asombradas.

Los pájaros aman sus ramas y sus nidos.
¿Dejaré yo mi pobre cabaña para irme mas lejos?

Solo, en esta primavera llevo mi azada a cuestas,
por las tardes riego mis parcelas.
El oficial me descubre
y me obliga a ensayar el tambor.

Es bueno servir en el mismo y propio distrito,
pero no tengo a nadie a quien yo haga falta.
Me voy al cuartel vecino,
ausente y sin concierto viviré mi futuro.

Destruídos mi hogar y mi aldea,
estar lejos o cerca es igual para mí.
Siempre atormentada murió mi pobre madre,
cinco años hace que la arrojé en la cuneta.

¡Qué inútil es nacer y vivir en la tierra!
Mi madre y yo sufrimos sin descanso.
Sin hogar a quien le duela mi despedida,
¿para qué pertenezco a la raza humana?

Reflejos del otoño

I

Un rocío de jade marchita los bosques de arce,
desde la montaña
el viento azota la garganta del Wu.
Al reventar, las olas del río bañan el cielo,
las nubes, en tropel,
obscurcen el mundo.
Los crisantemos han llorado varias veces,
en mi nostálgico corazón
un bote solitario echa amarras.
En todas las casas están cosiendo ropa para el invierno,
mas debajo de Baidi,
un ritmo de golpes de piedra acompañan la tarde.

II

Las luces del ocaso
caen inclinadas sobre el palacio del gobernador,
cada noche, bajo el cielo estrellado,
contemplo la próspera capital.
Oigo a los monos, después de gritar, lloran,
con la octava luna parto en una balsa a un viaje perdido.

Lejos del incienso y de la burocracia
descanso mi cabeza,
una flauta se queja entre las montañas y las almenas.
Mira como la luna ilumina
los roquedales y los bejucos
y a lo largo de toda la isla hay flores de carrizo y juncos.

III

Paso frente a la ciudad de los diez mil hogares,
día tras día desde una torre del río
vigilan la verde bruma.
Luego de esperar noche tras noche
el pescador decide regresar,
en medio del diafano otoño
las golondrinas siguen volando.

Nadie aprecia los comentarios de Luang Heng,
exponer a los clásicos no ha sido agradable para Lui Xiang.
A casi todos mis compañeros floreció la fortuna,
hay trajes y caballos espléndidos en las Cinco Tumbas.

IV

Dicen que Ch'ang-an es como un tablero de ajedrez,
luego de cien años las desgracias siguen sucediéndose.
Nobles extranjeros e intrusos duermen en sus palacios,
letrados y guardias y uniformes
van y vienen tras los vencidos.

Los timbales y los tambores
se oyen en las quebradas de la frontera.
Los mensajes vuelan.
Los coches de caballos van hacia el oeste.
Los dragones y los peces huyen.
El río se congela en otoño.
Un reino antiguo y en paz entra en mis pensamientos.

V

En Penglai, las puertas del palacio
miran hacia las montañas del sur,
los tallos dorados recogen del cielo el rocío.
La Madre de Occidente viene al Estanque de Jade;
la niebla púrpura aparece desde el oriente
hinchiendo el paso de Han.

Se separan los biombos del palacio.
Los plumeros de cola de faisán dispersan las nubes,
entre escamas del dragón solar, aparece Su Majestad.
Duermo. En este amplio río, el final comenzó hace años,
¿cuántas madrugadas he pasado en la corte,
ante puertas azules talladas de luz?

VI

Desde las gargantas del Qutang hasta el río sinuoso
mas de diez mil leguas de viento y niebla
cobijan el blanco otoño.
Entre los arcos de la Torre del Cáliz
para Su Majestad Imperial
y en el jardín de los hibiscos ingresa en la melancolía.

Cortinas de perlas y talladas columnas
rodean a las grullas amarillas, entre cuerdas de brocados
y mástiles de marfil vuelan las blancas gaviotas.
Miro y recuerdo este mundo y me compadezco:
esta fue una tierra de músicas y danzas,
de emperadores y reyes.

VII

Allí está el estanque de Kunming, obra maestra de los Han
y pueden verse los estandartes y banderas del emperador Wu.
La Tejedora, en la vacía noche de la luna, apura su telar,
la ballena de piedra frota sus escamas en el viento del otoño.

Sacudidas por las olas las semillas de la cizaña
se ahogan entre negros nubarrones,
tritурados por la escarcha, los granos de loto
se vuelven polvo rojo.
Sólo los pájaros pueden cruzar el paso de la frontera
hacia el cielo abierto;
sólo un pescador contempla
el horizonte de los ríos y los lagos.

VIII

Es vasta la campiña entre el Yuso y el Kunwu,
la cumbre del Sigé lanza las nubes hasta el Meipi.
La fragancia del arroz inunda los campos,
los loros picotean las semillas,
hay un fénix en las ramas de jade de un árbol antiguo.

Un grupo de bellas mujeres
celebran la llegada de la primavera,
los Inmortales, en sus barcas,
parten hacia el cielo en la noche profunda.
Mi viejo pincel desafió hace años
las diez mil formas de los seres,
ahora, acongojado y triste, inclino mi cabeza encanecida.

Lamento por un cedro arrancado por el viento

Frente a mi cabaña, cerca del río, hubo un cedro,
los viejos decían que tenía mas de doscientos años.
De él corté los juncos con que levante mi morada,
al llegar la quinta luna cantaron las cigarras de invierno.

Los vientos del sur soplaron violentos y la tierra tembló,
el río creció, las piedras volaban y las nubes se estrellaron.
El viejo cedro luchó con valor contra los truenos y las lluvias
pero sus raíces se arrancaron de cuajo. ¿Así lo quería el cielo?

Yo amé la vieja piel azul de este árbol
y su verde sombrío sobre el agua.
Cuando caía la nieve aquí se protegían los viajeros,
y quien pasaba se detenía para escuchar su música de flauta.

Ahora es un tigre derrotado, un dragón abatido
cubierto de espinas de lágrimas y sangre.

¿Dónde iré a cantar mis nuevos poemas?
Mi pobre y triste cabaña ha perdido su color.

Para recordar a un viejo amigo

Cuan difícil es para los amigos encontrarse,
tanto como querer juntar los luceros del alba y de la tarde.
Esta noche ¿cuándo podrá repetirse?
Jóvenes estuvimos juntos bajo el esplendor de la lámpara.
Ahora nuestros cabellos son escasos y están blancos.
Hablamos de nuestros amigos de ayer, la mitad ha fallecido.
Las exclamaciones de asombro nos queman el vientre.

¿Cómo adivinar veinte años después,
que subiría de nuevo a esta sala?
Cuando nos despedimos no estabas casado;
hoy tus hijos forman una fila.

Respetuosos, saludan al amigo de su padre
y me preguntan de dónde vengo.
No termino de contestar sus preguntas
y los mandas a prepararnos el vino.

Bajo la lluvia nocturna cortan cebollas de primavera,
mezclan el arroz con mijo amarillo.
Me repites que los encuentros son muy difíciles,
me invitas a beber diez copas seguidas.

Tomándolas no me siento embriagado,
conmovido por el amor de mi viejo amigo.
Al amanecer nos separarán las montañas
y no sabremos más de nuestras vidas.

Visitando la casa y el bosque del general

Hay libros por todas partes, sobre la cama, hasta el techo,
frente a las gradas los árboles llegan hasta las nubes.
Al General He no le gustan las artes marciales,
todos sus hijos aman la literatura.

Cuando despertamos, luego de haber bebido,
la brisa nos alcanza y escuchamos tus poemas
entre la calma de la noche.
Las enredaderas cuelgan de nuestros mantos de algodón,
la primera luna de la noche
es de una blancura casi transparente.

Un vecino del norte

¿Sin motivo renunció el magistrado?
No, dejó su trabajo para ocultarse en el silencio.
Con poco dinero compró este bosque de bambú
a la orilla del río y allí permanece
con su gorro dorado.

Gusta tanto del vino como Shan Jian,
es tan buen poeta como He Shui.
A veces sale de visita a los enfermos
y con paso lento va acercándose a mi humilde morada.

Mientras abandono el distrito de Tonggu

Un hombre justo no deja sucia su chimenea,
un sabio no permanece calentando su silla.
¿Cómo podría yo, tan poco listo como soy
y con tanta hambre
permanecer aquí sin hacer nada?

Desde que vine a vivir en esta montaña
detuve mi marcha porque me gustaba mucho este silencio.
¿Cómo evitarlo? Obligado por el destino
en un año hube de cambiar de sitio tres veces.

Agotado, abandono este lugar de descanso,
un incierto mundo me espera.
Me detengo un momento en el Estanque del Dragón
y miro la Guarida del Tigre.

En la montaña de Qi me despido de mis amigos,
y mientras nos abrazamos lloramos.
No es necesario que una amistad sea muy antigua
para que sea verdadera,
cuando uno está viejo las penas no terminan.

Fui siempre torpe e indolente
pero pronto encontré donde retirarme.
Es contra mi voluntad que me marchó,
miro las aves y las envidio.

Canción para el comandante Liu, que pintó un paisaje en un biombo

¿Será posible que en este salón puedan crecer los arces?
¿Y que circule la neblina de los ríos y los montes?
Alguien dijo que tu eres capaz
de atrapar en un solo trazo
todo el paisaje de este distrito
y que disfrutas mucho pintando el color azul del agua.

Hay muchos que dicen ser pintores
pero una mano como la tuya
no es común ni corriente.
Tu alma y tu corazón van juntos en tu pintura
se de la importancia que deparas a los pinceles y las telas.

¿No eres acaso como Qiyue y Zheng Qian?
¿No son mejores tus líneas que las de Yang Qidan?
¿No logras, acaso, marcar las sombras del jardín?
¿detener las aguas inquietas del Xiao y del Xiang?

Entusiasmado, me siento al pie del monte Tianlao,
y escucho el parloteo a gritos de los monos.
Ayer por la noche el viento y la lluvia
azotaban el mundo como el demonio
y sus fantasmas entraran en Pucheng.

Las muchachas de Xiang
tocan las cítaras y cantan,
todavía hay brotes de bambú en las orillas del río.
El fino caballero Liu,
ama la pintura de gran intensidad.
Tiene dos hijitos, que saben pintar muy bien.

El mayor traza con ingenio
un grupo de pinos entre los precipicios
y el menor enseña a sus alumnos
a trazar monjes entre montañas.

¡El arroyo Ruoye!
¡El Monasterio de la Puerta de las Nubes!
Y yo, metido aún entre restos y barro,
sandalias azules y medias de tela, recién comienzo.

Soñando con Li Bai

I

Cuando la muerte nos separa sólo podemos suspirar,
la desaparición de un amigo nos causa un gran dolor.
En los lejanos lodazales del sur
tu, proscrito, no envías tus confidencias.

En sueños, por fin, has venido a visitarme,
pues sabes bien cuanto te recuerdo.
¿Cautivo en la malla que te envolvía,
cómo pudiste escapar con veloz vuelo?

Me pregunto si fuiste en verdad tu,
desde tan lejanas tierras no puedo afirmarlo.
Tu alma vino por los verdes bosques de los arces
y al regresar, los pasos de la montaña se cerraron.

Mientras la luna se oculta
su luz entra en mi recámara
y creo ver tu rostro en tu débil resplandor.
Bien se que donde vives el agua es profunda
y las olas bravas ¡no dejes que el dragón del río te atrape!

II

Hasta cuando cayó la tarde
he contemplado el pasar de las nubes,
hace tanto tiempo que no vienes a visitarme.
Desde hace tres noches sueño contigo,
el afecto que te tengo hace que te recuerde.

En el sueño parecías decirme
que temías regresar, la travesía,
cuando regresaste, fue muy dura.
Terribles tempestades azotaban los lagos y los ríos
y tu pequeña barca estuvo a punto de naufragar.

Cuando te fuiste te rascabas la cabeza
lamentando tu ausencia de ambiciones.
La capital bulle con gente que se destaca,
pero tu vives sumido en una larga aflicción.

¿Quién habrá dicho que los hilos del cielo son débiles?
Un hombre como tu envejece sin explicación.
Cuando pasen los diez mil otoños
no tendrás otro premio que la inútil inmortalidad.

A mi huésped

Por el sur y por el norte bajan las aguas,
en primavera sólo las gaviotas me visitan.
Si no limpio el sendero florecido nadie vendrá.
Pero ahora corro el cerrojo de la puerta para recibirte.

La plaza de mercado está lejos, mi cena es pobre.
Te ofrezco apenas un vino hecho en casa.
¿Llamo, acaso, a mi anciano vecino?
¿Podríamos juntos terminar estas copas?

El noveno subprefecto Xu viene a visitarme

Cuando cayó la tarde llegaste hasta esta desolada aldea.
A caballo has llegado con tus acompañantes.
Esta joven amistad me llena de gozo
pero me siento indigno de vuestras atenciones.

Te place el silencio de las nubes sobre los bambúes,
bajo la luna, en la terraza, olvidas que debes regresar.
¿Volverás pronto para apreciar los pétalos
de los cerezos en flor cuando miran al agua?

Una fiesta nocturna en la casa de campo

Delgada se ha puesto la luna
detrás de los pinos que mece la brisa,
las mangas de la túnica del solista
de laúd se empañan con el rocío.
Mientras el arroyo desciende dialoga en silencio
con las flores del sendero,
las estrellas de la primavera entran en la cabaña.

Leyendo, fascinados, en bellos libros,
se consume la llama de la lámpara,
mientras bebemos, admiramos magníficas espadas.
Terminando de leer en rítmicos poemas
oímos las canciones de Wu.
Cuando parta, en mi barca
llevaré para siempre estos recuerdos.

Un campesino se empeña en hacerme beber de su vino

De pueblo en pueblo, seducido por sauces y flores
sigo con mis pasos la brisa de la primavera.
Un viejo campesino me invita a celebrar el dios de la tierra
e insiste en hacerme beber el vino de la temporada.
Entusiasmado alaba al nuevo intendente
dice que no ha conocido a alguien así.
Volviéndose hacia mi me presenta a su hijo:
un campeón de tiro con ballesta.
Soldado de la Caballería Ligera
ha servido a ese cuerpo por muchos años.
Ayer cesó en su trabajo y ahora es un campesino
dedicado a cuidar de sus ancianos padres.
Si lo llamaran para dar su cara a la muerte
de seguro que no se escondería.
Este año, cuando celebremos al dios de la tierra,
¿te quedarás con nosotros? ¿verdad?
Llamando a su mujer, le pide que abra una jarra de vino
y con generosidad llena para mi un enorme tazón.
Conmovido, aprecio su entusiasmo,
se que le supone mucho gasto.
Me había yo propuesto partir en la mañana.
Pero huésped de gentes tan hospitalarias
no puedo rechazar sus muestras de afecto.
En voz alta pide mas frutas y castañas
y cuando trato de partir
me sujeta por el brazo.
Sus modales no son refinados
pero no es torpe ni vulgar.
Sale la luna. Tendré que quedarme.
¿Cuánto vino nos queda? Pregunta.

Para Zhang, el ermitaño

I

He llegado solo hasta tu retiro en la montaña
y todavía retumban, en el valle,
los ecos de los árboles al caer.
La frescura de la nieve, al derretirse,
se siente junto a la cañada,
y un sol, inclinado,
toca las altas selvas y las puertas de piedra.

Cuidar el oro y la plata, en las noches,
no es tu desvelo, sin ambiciones,
disfrutas del amanecer viendo los venados y los alces.
En silencio y casi perdido
navego buscándote, soy un bote a la deriva
tratando de seguir tus pasos.

II

Al fin logramos de nuevo encontrarnos, Maestro,
y mi felicidad es grande.
En el estanque hay grandes y bellos
asturiones, sobre el césped de primavera
yacen los ciervos y los alces.

Habría que tener vino de Du,
pero saboreamos peras de Zhang.
Ya no entristezco, cuando me embriago
y recorro el camino de regreso.

Espontáneo

Con la llegada de la primavera
en las orillas del río de nuevo hay
limpias madrugadas bajo los árboles.
Oyendo el canto de las aves
levanto el rostro pensando que alguien
me llama por mi nombre.

Si leo en un libro
salto sobre los caracteres difíciles,
y lleno con frecuencia mi copa.
He conocido a un gracioso anciano
que vive en la montaña.
Ha descubierto de inmediato que el ocio
es mi estado natural.

Frente al río tomo vino

Estando afuera, en el jardín,
junto del río, no quiero regresar.
El palacio donde vive el ave protectora
se ve borroso a lo lejos.
Los pétalos de los duraznos
y las doradas oropéndolas vuelan,
alternando, con los pájaros blancos.

Hay quienes me condenan porque bebo mucho
y porque no voy al trabajo me son adversos.
Trabajar de funcionario es algo muy triste
pero como estoy viejo y necesito el dinero
no soy capaz de renunciar.

Cuando llega el otoño

El sexto días del séptimo mes el calor es insoportable,
y cuan difícil es probar bocado.
Cuando llega la noche los escorpiones nos asedian
y al llegar el otoño se multiplican las moscas.

Tener que usar los trajes oficiales es una locura,
tanto papeleo, ¿por qué tanto papeleo?
Hacia el sur los pinos cubren los valles,
¡quien pudiera caminar descalzo sobre la nieve!

Escampa en la tarde

Un fuerte viento ha cruzado por el pueblo esta tarde
y una lluvia ligera moja el patio trasero.
El sol, al atardecer, va calentando las hierbas
y en las cortinas bordadas se reflejan ahora los colores del río.

Tengo mil libros en desorden
¿quién podrá ponerlos en su sitio?
Cuando mi copa termina vuelvo y la lleno.
Obligado a escuchar a los necios
¿cómo no extrañarse que me esconda?

Balada de las pesadumbres acumuladas

Cuando tuve quince años,
con mi corazón de niño
y fuerte como una cabra de monte,
daba saltos sin descansar.
Cuando llegaba el octavo mes
me subía a los árboles muchas veces
buscando las frutas maduras.

Han pasado mas de cincuenta años
y ahora, viejo y cojo, poco camino.
Me esfuerzo en sonreír
cuando visito a quien me ayuda
pero compruebo que mas de cien pesadumbres
han arruinado mi vida.

Cuando paso bajo la puerta
solo hay cuatro muros vacíos
y mi anciana mujer me mira
con una tristeza de siglos.
Mi pobre hijo, un tonto, no me respeta
y furioso chilla y grita
porque tiene hambre.

De viaje por las noches

Siempre viajando, ¿cuando podré dormir?
En otoño los cielos no se despejan.
A través de las cortinas
entra la luna que mengua,
apoyado en una almohada de zarcetas
oigo el lejano rumor del río.

Como no se manejarne
me falta el dinero y el abrigo,
dependo siempre de mis amigos.
Escribo largas cartas a mi anciana esposa.
Espero entienda por qué no puedo regresar.

En la mas alta torre de Baidi

Asciendo hasta la cumbre de esta ciudad
de lúgubres banderas;
solo me encuentro, de pie,
en la empinada torre que da sobre el abismo.
Las cañadas se rompen entre tenebrosas neblinas,
plagadas de dragones y tigres,
los cocodrilos y las tortugas nadan en el río transparente,
bajo un radiante sol.

Grandes ramas de inmensos árboles cubren las abruptas peñas
y un hilo que crece desde el este desciende haciéndose un gran río.
Apoyado en su bastón, suspirando frente al mundo, ¿quién es aquel hombre
que llora sangre salpicando el cielo y sacudiendo su cabeza blanca?

Consejos imperiales

La cocina de un viajero está siempre mal provista,
junto al río una almohada y una estera son suficientes.
Golpeado por el tiempo, enfermo, mas delgado cada día,
en este interminable verano recuerdo a mis amigos.

Sueño con un sabroso plato de arroz condimentado
y con una humeante sopa de pescado azul.
Una buena ración calentaría mi viejo vientre,
¿podrían acaso ofrecerme un tazón?

Luego de recibir un nombramiento

Si aceptara hacerme guardia de Hexi
tendría, humillado, que doblar mi espalda.
Un anciano teme caminar inclinado.
Si rechazo este cargo me sentiré mas libre.
Por amor al vino, ¿debería aceptarlo?
No quiero volver a mi vieja casa en la montaña,
ante el viento huracanado vuelvo la cabeza.

Casi un palacio

A través de una campiña deslumbrante,
por la senda que bordea el río
se llega hasta mi cabaña
con su techo de blancas cañas,
dando su espalda a la muralla.
Un bosque de sauces la protege del sol
y una leve brisa se agita entre el follaje.
La neblina envuelve los enormes bambúes
y de sus ramas gotea el rocío.
Algunos pajaritos, con sus inquietas crías,
descansan aquí por un momento.
Las golondrinas parlanchinas
buscan dónde hacer sus nidos.
Alguien comparó mi chacra, por error,
con la de Yang Xiong.
Por pura pereza no he decidido desmentirle.

Escrito cuando comenzó el otoño

El sol y la luna no conocen ni el perdón ni el olvido.
Anoche la estación cambio de un momento a otro.
La chicharras negras gritan y gimen sin descansar.
Las golondrinas del otoño van llegando poco a poco.

Siempre quise vivir en libertad.
Triste estoy ahora que cumplo cincuenta años.
Si me destituyesen, allá ellos,
no quiero someterme a tantas exigencias.

Balada de Pengya

Lo recuerdo bien: huyendo de los rebeldes
fuimos hacia el norte en medio de mil peligros.
Camino de Pengya, en alta noche,
la luna iluminaba las colinas de Baishui.
Viajamos largo tiempo, a pie, con toda mi familia,
temiendo encontrar gente enemiga en el camino.
Nadie se cruzó con nosotros viniendo del norte,
los pájaros bromeaban en el fondo de los barrancos.
Mi hijita, con hambre, me ha mordido
y he temido que sus gritos atrajeran a los tigres y los lobos.
Cubriéndole la boca la abrazaba contra mi pecho
pero ella se soltaba y gritaba con mas fuerza.
Mi hijito, que acaba de cumplir los siete,
comía con mucha hambre ciruelas amargas.
Cada dos días una tormenta nos abatía
y teníamos que avanzar con mucho esfuerzo entre el lodo.
La ropa, tan delgada, que no nos protegía
y la lluvia hacia muy resbaladizos los senderos.
A veces apenas recorríamos unas pocas leguas
y teníamos que comer bayas silvestres
y dormir bajo ramas entrelazadas.
En las mañanas mojados entre rocas,
en las tardes buscando señales de humo en el horizonte.
Un día nos detuvimos en la ciénaga de Tongjia
y nos preparamos para cruzar por el paso de Luzi.
De noche llegamos a la casa de Sun Zai,
un amigo de inmensa bondad.
Nos abrió su puerta portando lámparas,
trajo agua tibia para lavarnos los pies
y me ayudó a recuperarme de un desmayo.

Su mujer y sus hijos vinieron luego,
lloraban al vernos en tan triste estado.
Nuestros hijitos, exhaustos, se habían dormido
y sólo les despertamos para darles de comer.
‘Vamos a jurar’, me propusiste,
‘que en adelante seremos como hermanos’.
Luego dejaste para nosotros
la sala donde nos habías recibido.
En esos tiempos de infortunio, ¿quién jamás aceptó
abrirnos como tú su corazón generoso?
Nos separamos hace más de un año;
las hordas bárbaras siguen sembrando terror.
¡Cómo quisiera tener alas
y poder volar a encontrarme contigo!

Regreso de la primavera

Un sendero de musgo conduce a los bambúes del río,
hay un cerco de flores bajo el alero de la choza.
Tras mucho tiempo de ausencia,
regreso al hogar.

Apoyado en mi bastón,
contemplo un peñasco solitario,
me acomodo en la playa de arena
para vaciar mi jarra.
A lo lejos, las gaviotas nadan
sobre las ondas tranquilas,
inclinadas golondrinas se dejan llevar por el viento.

El mundo es en verdad una morada llena de abrojos,
pero mi vida tendrá con todo un final.
Si despierto, puedo embriagarme de nuevo
y, gozoso, me sentiré otra vez como en casa.

Noticias de mi hermano menor

Tras la revuelta, ¿cuántos eligieron
vivir en exilio renunciando al hogar?
Sin noticias tuyas por tanto tiempo,
¡cuánta amargura saturó mi existencia!

Tus libros te esperan pegados al muro;
tu esposa ya se fue de casa.
Pero, cabizbajo, enrollado en mi lecho,
tu viejo perro comparte mi pena.

La aldea Qiang

Un lote de pollos chilla sin descanso,
pelean furiosos cuando llegan visitas.
Aburrido, los espanto y trepan a los arbustos
en el momento en que llaman a la puerta.

Cuatro o cinco ancianos del pueblo
vienen a verme tras mi larga ausencia.
Me traen sus regalos,
vierten en jarras el vino claro y el turbio.

Discúlpalos por esta bebida tan humilde,
pobre fue la cosecha, nos faltan labriegos.
Vienen sin cesar a levar para la guerra;
partieron nuestros hijos a la frontera del este.

Mis viejos amigos me piden que cante,
conmovido por su afecto y la penuria de sus vidas.
Al terminar mi canción, alzo los ojos al cielo y suspiro,
húmedos los ojos, todos están sollozando.

Desahogo mi alma

El año pasado fue destruido el paso Tongguan,
ahora vivo lejos de mi mujer y de mis hijos.
Cuando las plantas retoñaron en el verano
pude, al fin, huir hacia el oeste.

Con unas pobres sandalias de esparto visito al Hijo del Cielo,
las mangas de mi camisa están rotas y muestran mis codos.
En la Corte se emocionan porque regreso y estoy vivo
pero mis amigos se entristecen al verme viejo y acabado.

Llorando, recibo un puesto vacante,
para mi, vagabundo como soy,
la bondad del emperador es grande.
Quisiera regresar a mi vieja casa
pero no me atrevo a pedir permiso.

Puse una carta preguntando
si todavía en Tres Ríos reside mi familia.
Me dijeron que el pueblo fue arrasado
y masacrados hasta los perros y los gallos.

En nuestra pequeña casa, allá en las montañas,
¿quién estará todavía en la puerta o recostado a la ventana?
Del viejo pino aún podrán verse sus raíces,
la tierra es fría, los huesos no han de estar podridos.

¿Cuántas personas habrán sobrevivido?
¿Estará completa mi familia?
En esas cumbres y llanuras los tigres son feroces;
abrumado por la ansiedad inclino mi cabeza.

Desde mi última carta diez meses han pasado.
Temo que lleguen noticias,
¿podría soportarlas mi corazón?
¡Ah!, Si mi destino cambiase,
me entregaría de nuevo a los goces del vino.
Pero... al soñar con un feliz encuentro ideal,
temo haberme vuelto un pobre viejo desvalido.

Siete canciones compuestas cuando vivía en Tong Gu

I

Zimei es un viejo vagabundo de cabeza blanca,
sus cabellos le cubren sus orejas,
en las tardes, bajo el frío cielo, recoge bellotas
como si alimentara monos.

Sin noticias de su familia no puede regresar,
sus manos y sus pies se congelan y su piel se agota.
¡Ay de mí!, mi primer canto es triste,
pero el cielo me envía una brisa
confortante para hacerme compañía.

II

¡Largo azadón!, ¡largo azadón!
Mango de madera rugosa,
te confío mi vida, sin ti no comería.
El grano no nace entre abrojos
ni entre la nieve de la montaña,
mi estrecha ropa no cubre ni mis muslos.

Tú, mi azadón, y yo,
hoy volvemos con las manos vacías;
mi hijo gime, suspira mi hija,
los cuatro muros guardan silencio.
¡Ay de mí!, canto mi segunda canción en voz alta
y mis vecinos se compadecen de mi suerte.

III

Tres hermanos tengo, jóvenes,
lejos de aquí; los tres eran endebles,
¿serán fuertes ahora?
Vivimos distantes y jamás nos vemos;
el polvo bárbaro oscurece el cielo, la distancia es larga.

La ocas huyen al este,
luego se irán las cigüeñas y las grullas,
¿podrían llevarme y dejarme entre ellos?
¡Ay de mí! Es mi tercer canto, lo repito tres veces;
¿podrían venir a recoger los huesos del hermano mayor?

IV

Tengo una hermana menor,
vive en Zhongli; su marido murió joven,
sus hijos nacieron tontos.
En el profundo Huai
hay altas olas y dragones furiosos,
ya son diez años sin verla,
¿acaso podré encontrarla?

Aun cuando quiero partir no veo sino enemigos
y por el sur invadido
hay una selva de estandartes y banderas.
¡Ay de mí! Es mi cuarta canción,
la repito cuatro veces
y los monos del bosque se lamentan por mí en pleno día.

V

Silba el viento de la montaña,
huyen veloces los torrentes;
una fría lluvia golpea en ráfagas
y empapa los árboles podridos.
Crece la hierba sobre las antiguas murallas
bajo un cielo de plomo,
los zorros blancos saltan
y ladran a los zorros amarillos.

¿Por qué he de pasar mi vida
en este valle miserable?;
a medianoche me levanto,
inquieto por mil cuidados.
¡Ay de mí!
¡Mi quinta canción!
Prolongo lentamente las notas
sin conseguir que mi alma regrese al hogar.

VI

El dragón del sur vive en un lago de la montaña;
las ramas de los árboles añosos
son gruesas como troncos.
Cuando caen sus hojas amarillas,
el dragón se adormece;
una serpiente venenosa viene del este
y se desliza en el agua.

Si vivo aterrado, ¿cómo me atrevería a salir?;
desenvaino mi espada, pero no golpeo a nadie.
¡Ay de mí!

Es mi sexto canto,
cantan mis sentimientos,
¡que torrentes y quebradas
me sean de nuevo propicios en primavera!

VII

No me hice un hombre y ya soy anciano;
tres años vagué hambriento
por desiertos senderos de la montaña.
En Ch´ang-an, los ministros de estado son jóvenes,
¡sólo en la juventud se logran distinciones!

Encontré en las montañas letrados conocidos,
recordamos tiempos pasados,
llenos de tristeza.
¡Ay de mí!, es mi séptimo canto
y lo termino afligido,
levantando al cielo mis ojos,
mientras el blanco sol sigue su curso.

Pato mandarín

Hicieron grande la jaula espaciosa en ti:
arruinarías tus plumas si saltabas inquieto.
No te deprimas al contemplar las nubes
y es en vano que chilles por disfrutar del agua.

Tus bellas plumas han sido cortadas;
aunque lo intentes,
no podrás volar muy arriba.
No tienes que temer ni al halcón
ni al milano; quédate tranquilo
donde estás, ¡y no te me enojés!

Balada de los pollos amarrados

Un muchacho amarra los pollos
para venderlos en el mercado;
excitados y locuaces,
los pollos pelean sin tregua.
Harto de verlos en casa comiendo
lombrices y hormigas,
olvidé que los pollos vendidos
serán cocinados de inmediato.

Lombrices o pollos,
¿por qué favorecer a unos y no a otros?
Llamo al muchacho,
¡quítales, por favor, las cuerdas!
Pollos o lombrices,
ganar o perder, este juego no termina nunca.
Apoyado en la baranda del mirador
contemplo el río congelado.

Recordando mi caballo cuando cayó enfermo

Naciste en mi cabaña
y en ella te crié
como si fueras otro de mis hijos
Tus dientes crecieron y tus juegos
conmigo duraban hasta entrada las tardes.
Luego te hiciste un potro negro y bello
y me mordías el pelo y las manos y los brazos
recordando tu niñez junto a mi afecto.

He cabalgado sobre ti por muchos años,
a todo lo largo de las fronteras
y en el corazón del invierno.
Ahora estas agotado
y al verte viejo y enfermo mi alma se duele.

Es verdad que no eres bello
pero en docilidad y servicio nadie fue mejor que tu.
¡Humilde criatura!, digna de un saludo afectuoso,
tu recuerdo me conmueve
y entonces te dedico, llorando, este poema.

Admiro en la danza de la espada a la alumna de la excelsa Gongsun

Antes, cuando la bella Gongsun
salía a bailar con su espada,
estremecía el mundo.
Asombrados, muchos espectadores
conmovidos unían sus sentimientos con los del cielo.

Era deslumbrante como Yi el arquero
cuando dispara contra los nueve soles.
Era majestuosa como la diosa hierática
que cabalga entre dragones.
Su danza era un estruendoso trueno
retumbante de furia
que se detiene como mares estáticos
bajo una lumbre de incendios.

Sus labios encendidos
y sus mangas de perlas cayeron al olvido
y el aroma de una alumna la ha reemplazado.
Esta bella de Linying está hoy en Baidi,
danza de maravilla
y con gran entusiasmo.

Cuando la pregunto me cuenta su historia
y con el paso del tiempo,
al verla danzar, se acrecienta mi pena.
Ocho mil damas,
cortesanas de emperadores,
se opacan ante la danza
de la espada de Gongsun.

Como si se pasara una hoja tras otra
han pasado cincuenta años
y el viento y el polvo
han dado en el olvido a la familia imperial.
Del Jardín de los Perales
los cantantes se fueron como el humo,
y la belleza de la danzarina bajo un sol de hielo.

Al sur de la montaña Grano de Oro
hay árboles muy gruesos,
y en la Ciudad de Piedra,
junto a Qutang, enormes malezas.
Durante el fino banquete, de pronto
de detiene, la música de flautas;
en pleno goce asoma la tristeza
con la luna que surge del este.
El anciano no sabe a qué sitio dirigirse;
con gran dificultad, enérgico,
avanzo por el monte desierto.

Con el monje Zan en el monasterio de Da yun

Bajo la luz vacilante de la lámpara, no encuentro el sueño
y el perfume exquisito del incienso purifica mi alma.
Esta noche, me sorprende el salón tan majestuoso,
cuando el viento agita las campanas colgadas de su techo.

En la sombra, el recinto primaveral del templo;
velado perfume flota sobre la tierra pura.
La constelación de la Cuerda de Jade se esfuma a lo lejos;
el fénix de hierro parece remontarse a los cielos.

Salmos budistas se elevarán muy pronto del templo;
prefiero quedarme en el lecho
a escuchar las últimas campanas.
Mañana saldré de viaje por la tierra cubierta de rocío
y ya me atemorizan el polvo y la arena amarilla.

La luna

En otoño se nos acerca el cielo
y la luna resplandece
con deslumbrante claridad.
El sapo flota en las aguas de cristal;
el conejo tritura las medicinas para una larga vida.

Sólo penas traes, luna, a mi leal corazón;
y añades brillo a la plata de mis cabellos.
Mientras lanzas y corazas cubran la tierra,
no alumbres, por piedad, los campos del oeste.

Mis amigos me visitan y me encuentran borracho

Yo soy Du Fu, señores, al que ustedes halagan;
como locos, tras el vino,
cantamos y bailamos con lanzas doradas.
Me doy en recordar los años de mi juventud,
y el veloz paso de mi caballo
salpica los pedregales de Jutang.

A lo lejos la puerta de Baidi
se destaca entre las aguas y las nubes;
tensiono mi cuerpo e inclinando la espalda
devoro ocho mil leguas.
Mis riendas púrpuras pasan como un rayo
las almenas de cal blanca;
llego por el este a la planicie suspendida en el cielo.

Un pequeño pueblo de casas de palafito aparece ante mi;
dejo el látigo, suelto las riendas y galopo por la roja senda.
Como siempre, los hombres mayores impresionan al mundo,
creyendo que por tener fresco aún el rostro pueden hacer
largas cabalgatas.

Cubierto de sudor rojo, babeando jade,
mi caballo negro de crines amarillas
decide seguir el ritmo del viento,
¿cómo adivinarlo?
De pronto un paso en falso
y... aquí estoy herido;
en la vida, seguir sus impulsos
lleva a veces al desastre.

Mi deber es cuidarme, abrigado en mi lecho,
recostado en la almohada;
declina mi vida, las dificultades aumentan.
Puestos al tanto, vienen mis amigos
y al verlos me sonrojo;
con mi bastón de apoyo,
me incorporo con esfuerzo,
ayudado por el muchacho.

Se echan a reír al escuchar mi historia,
me llevan a orillas de un remanso y arreglan un rincón.
Carne y vino, de nuevo, se acumulan como montañas;
comienza el banquete, la seda quejumbrosa juega con el
generoso bambú.

Retornamos juntos al sol del oeste.
No nos espera; bulliciosos,
nos animamos a vaciar nuestras copas transparentes.
¿Vale la pena, acaso,
venir a caballo hasta aquí por consolarme?
Miren a Jikang, aunque cuidadoso en vida,
terminó por ser ejecutado.

Canción de los ocho inmortales del vino

Zhizhang a caballo se balancea como una barca;
turbios los ojos, cae en un pozo y se queda dormido.
El príncipe de Ruyang bebe tres jarras y visita al emperador,
se topa con una carreta de vino y la boca se le hace agua,
triste por no ser príncipe del Manantial de Vino.

Si a Li Shizhi le da la gana,
gasta en un día diez mil monedas;
es una ballena que bebe por torrentes vino claro
porque detesta el turbio.

Zongzhi, joven gallardo y desenvuelto,
noble y puro como árbol de jade al viento,
alza su copa y admira el infinito.
El monje Sujin, asceta ante la imagen de Buda;
ebrio, muchas veces olvida sus leyes.

Li Bai, una jarra cien poemas,
dormido en las tabernas de Ch'ang-an.
El Hijo del Cielo lo llama y él rehúsa;
soy Inmortal del Vino, le contesta.

Zhang Xu, con tres copas su escritura se torna leyenda;
testa desnuda, se enfrenta con príncipes y nobles;
agítase su pincel y se posa con nubes de humo.
Bebidas cien jarras, Jiao Sui se inspira y exalta;
su insólita elocuencia maravilla a los huéspedes.

Escrito cuando bebía solo

¿Por qué se alegra tanto el resplandor de mi lámpara?;
la esmeralda del vino me conforta con afecto.
Vagabundo como siempre, parezco soñar;
un espíritu me despierta en el fondo del poema.

Ante mis ojos, unos soldados luchan sin tregua;
¿en verdad los letrados mejoran el mundo?
Atado a mi pequeño puesto oficial,
me avergüenzo ante la gente libre.

Indice

A

- A mi huésped 41
Adiós de los recién casados 22
Admiro en la danza de la espadaa la alumna de la e 71

B

- Balada de las pesadumbres acumuladas 50
Balada de los pollos amarrados 69
Balada de Pengya 57

C

- Canción de los ocho inmortales del vino 77
Canción para el comandante Liu, que pinto un paisa 37
Casi un palacio 55
Con el monje Zan en el monasterio de Da yun 73
Consejos imperiales 53
Cuando llega el otoño 48

D

- De noche en el cuartel general 11
De viaje por las noches 51
Desahogo mi alma 62
Despedida del hombre sin casa 26

E

- El funcionario de Shihao 21
El noveno subprefecto Xu viene a visitarme 42
En el frente 12
En la mas alta torre de Baidi 52
En mi cabaña destrozada por el viento del otoño 13

Escampa en la tarde 49
Escrito cuando bebía solo 78
Escrito cuando comenzó el otoño 56
Espontáneo 46

F

Felicidad por la llegada de la lluvia 18
Frente a la nieve 9
Frente al río tomo vino 47

L

La aldea Qiang 61
La luna 74
La marcha de los carros de guerra 16
Lamento por la lluvia en otoño 19
Lamento por un cedro arrancado por el viento 32
Luego de recibir un nombramiento 54

M

Mientras abandono el distrito de Tonggu 36
Mis amigos me visitan y me encuentran borracho 75

N

Noche 10
Noticias de mi hermano menor 60

P

Para recordar a un viejo amigo 33
Para Zhang, el ermitaño 45
Pato mandarín 68

R

Recordando mi caballo cuando cayó enfermo 70

Recuerdos 14

Reflejos del otoño 28

Regreso de la primavera 59

S

Siete canciones compuestas cuando vivía en Tong Gu 64

Soñando con Li Bai 39

U

Un campesino se empeña en hacerme beber de su vino 44

Un funcionario de Xin'an 20

Un vecino del norte 35

Una creciente en primavera 15

Una fiesta nocturna en la casa de campo 43

Una vieja pareja se despide 24

V

Visitando la casa y el bosque del general 34

Ch'ang-an de Du Fu se terminó de imprimir
el 15 de Diciembre de 2004 en los talleres de la Editorial Arquitrave
y fue encuadernado a mano por Ricardo Aguirre Piñeros.

Los libros de **Arquitrave** Editores

Entre nuestros autores figuran

Carlos Drummond de Andrade

Afonso Romano de Sant'Anna

Charles Bukowski

T.S Eliot

Carlos Jiménez

Ferreira Gullar

Konstandinos Kavafis

Charles Baudelaire

Montale, Ungaretti y Quasimodo

Paulina Vinderman

Manuel Bandeira

Lawrence Ferlinghetti

Elkin Restrepo

Harold Alvarado Tenorio

Li Bai

Alberto Da Costa e Silva